



Morfologías de salón

Javier López Alós



A las cuatro de la tarde, cuando las agujas quisieran trazar la circunferencia del reloj, me gusta pedir un segundo té. Anticipa la hora de la merienda ver que el asa de la taza se convierte en un donut y el donut rodando como un neumático de la mesa a la boca. Parece que el neumático en marcha es como un ojo que parpadea entre el vapor de la infusión, que tus pupilas resisten el giro del mundo como la llanta cosida al vehículo que huye.

El reloj en la pared es un aro unido al aro de harina unido a otro aro compuesto de caucho que da vueltas en la órbita de la mirada. Pero los aros también se separan cuando son de humo: uno, dos, tres... y pliego el cigarro contra el cenicero de barro con el mismo gesto que reduzco una metáfora a sustantivo violentado.

Tengo hambre. Me pregunto si el vacío que noto en mi estómago podrá tener la misma estructura morfológica que esa silla sin nadie que contemplo enfrente. Morfología sensitiva, poética, para la que toda ecuación tiende más bien a esa rosquilla inapresable que es el cero.